

DOSIMETRÍA

La vida se acorta, y todo
Se empequeñece en la tierra,
Reduciéndose hasta el glóbulo
Arte, Política y Ciencias,
Imperando sobre todas
La doctrina *dosimétrica*.

En las Ciencias, el *programa*
Que cien lecciones compendia
En diez páginas de texto,
En cuarto menor impresas,
Con líneas muy separadas,
Del cuerpo diez con regletas.

En la pintura, la tabla
Que al medio metro no llega,
Y aunque la firme Pradilla,
Muñoz Degrain ó Lucena,
En vergonzoso mercado
Se vende por cien pesetas.

En poesía, la chispa
Del genio: la quinta esencia
De la oda, en el alambique
De la inspiración suprema.
La fabulilla que punce;
El epigrama que muerda;
Á lágrima por quintilla
Ó á sonrisa por cuarteta;
Que hoy ya no hay desocupado
Que *cien versitos se lea*.

Al artículo de fondo
Mató la noticia suelta,
Y el conciso telegrama
Es el alma de la prensa.

En el teatro, el juguete,
La reducida zarzuela
En un acto con tres cuadros,
Dos decoraciones nuevas,
Siete números de música
Y la butaca á peseta.
Género grande, metido
En chico, quepa ó no quepa.
Cuarenta y cinco minutos
De atención, y función hecha.



Á tres horas ya no alcanza
Del público la paciencia,
Y por secciones escoge
La que mejor le convenga:
El que trasnocha, *la cuarta*;
Quien madruga, *la primera*;
Y en una noche hay quien ve
Tres piececillas diversas
En tres distintos teatros,
Y satisfecho se acuesta
Diciendo: «¡No hay novedades
Que no haya visto en la escena!»

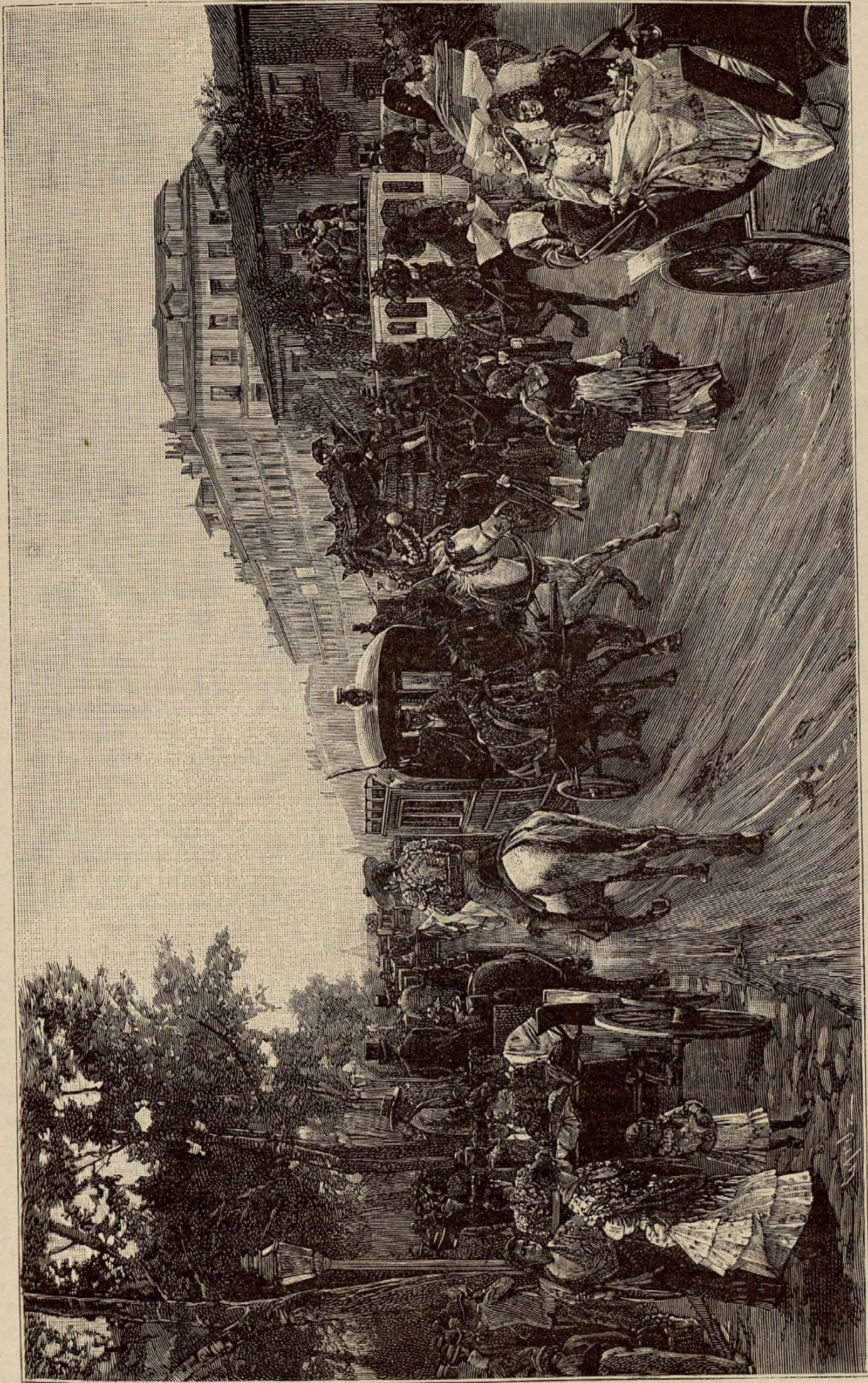
Hoy, más que las *glorias grandes*
Ganan las *glorias pequeñas*;
Las actrices de sainete
Más que las actrices serias.
Más que las triples dramáticas
Las triplecillas ligeras.
¡El *escrúpulo* se paga
Y *la libra* se desprecia!

La política, *por actos*
Hoy sus farsas representa,
Y si el público se aburre,
Trabaja hasta *por escenas*,
Que casi siempre son cómicas
Y hacen reír á la fuerza.

En fin, que el *género chico*
En la política impera,
Y se ha colocado *el céntimo*
Encima de *la peseta*.

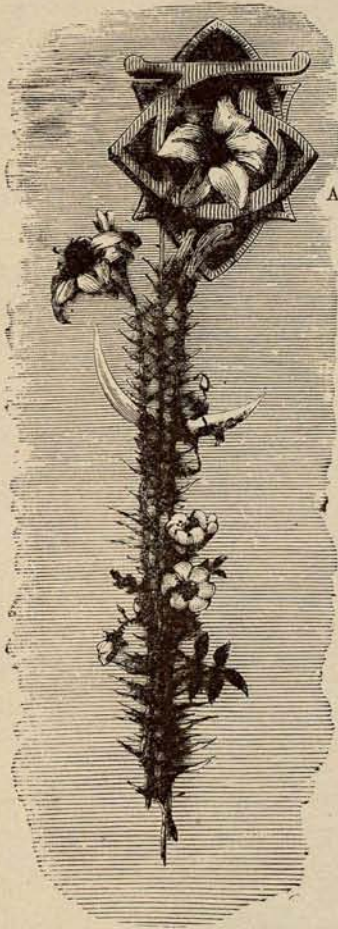
¿Que un grande hombre á Ministro
Por méritos propios llega?.....
Pues como no cabe dentro
Del Ministerio, lo echan,
Y los pequeños políticos
Se rien de sus grandezas.
¡Tendió *la dosimetría*
Su imperio sobre la tierra,
Y *se han reducido al glóbulo*
Artes, Política y Ciencias!

JOSÉ JACKSON VEYAN.



¡CÓMO ACABAN!—CUADRO DE D. FRANCISCO MAURA.

UNA NOCHEBUENA TRISTE



I.

Carlos Mendieta era el segundo de los cuatro hijos con que Dios había favorecido á un matrimonio bien hacendado en importante villa de la provincia de Álava. La casa era solariega, de antiguo y muy reputado mayorazgo; abundaba en ella cuanto se pudiera desear para las necesidades y goces de la vida, y se habría tenido por cierto que era fiel trasunto del Paraíso. Lo había sido; mas por ello se introdujo el demonio, llevando la perdición y la muerte al venturoso hogar: la manzana tentadora fué la vanidad.

El primer hijo, por haberlo sido, realizando los deseos y colmando las esperanzas de su padre, fué el predilecto, el mimado, y por

ello convertido en tiranuelo y dominador de la familia. Había de ser el sucesor en el mayorazgo, llevando, unido á la casa y tierras de la vinculación, el apellido muy apreciado por su padre, como lo había sido por sus abuelos. Voluntarioso, discolo y respondón para su padre; insolente hasta el supremo desdén para su madre; altanero y despótico dominador con sus hermanos, en todo encontraba la aprobación y aplauso de su padre, que le alentaba con sus caricias para los más atroces desafueros.

Había aprendido á leer y escribir correctamente, gracias á la corta edad en que asistió á la escuela; mas se negó á estudiar gramática, porque decía que el latín sólo servía para los curas, y además, el dómine, el del calzón corto, medias de seda negra y gorro acabado en punta con borla, era un tío gruñón que desfogaba sus iras domésticas dando á los discípulos pellizcos y bofetadas, y los viernes azotes con disciplinas de cuerda; lo cual no habría de suceder con

él, pues cargaría una de las escopetas de su padre con perdigón lobero y le metería el tiro por los riñones; además de que teniendo buenas rentas no había menester de dómynes, librotres ni quebraderos de cabeza.

Carlos era el reverso de la medalla; lo diametralmente opuesto á su hermano mayor. Respetuoso y sumiso hasta la obediencia pasiva ante su padre; sufriendo resignado y silencioso las rudas asperezas, las reprimendas injustas, los inmotivados rencores y profundos desvíos del que le había dado el ser; entrañablemente cariñoso para su madre y hermanos menores; dado al estudio en los libros que podía agenciarse dentro y fuera de la casa, pues se le había negado la pretensión, tímidamente formulada, de ir á estudiar en el Seminario de Vergara; empleando no pocos ratos de ocio en cultivar esmeradamente el jardín, que había convertido en un primor de variadas flores y árboles frutales; morigerado, amante de su casa, esquivando las compañías de jóvenes aturdidos ó mal educados, habría sido encanto del hogar doméstico y noble corona de padre menos obcecado.

Creado para la ventura propia y labrar la de cuantos le rodeaban, su vida era un martirio; su galardón la injusticia. No podía presentarse delante de su padre sin encontrarse con un ceño rigidamente fruncido y una severidad implacable en su semblante; al pronunciar una palabra recibía por única respuesta un gesto imperioso ó una frase de desdén, que le imponía instantáneamente silencio.

Era el ídolo de su madre, como del jefe de la familia lo era el futuro mayorazgo. Aquel dualismo de afectos era el tizón del matrimonio: el segundo hijo no podía pronunciar una sola palabra, ni aun para contestar á las inconveniencias y provocaciones de su hermano mayor, sin que sobre él lloviesen dieterios y amenazas; hasta su silencio se interpretaba como un ultraje; la mesa era un lugar de tormento, de maligno regocijo y burlas por parte de los mayorazgos presente y futuro; de amargura y hondo desconsuelo para Carlos. Su madre no se podía contener y salía á la defensa de su hijo predilecto, ofendido con irritante injusticia. Entonces se promovían los grandes alborotos y las más tempestuosas escenas en aquella familia que parecía haber sido creada para modelo y envidia de las más venturosas.

Llegó un día en que todo se había de colmar, desbordándose la copa de hiel del sufrimiento. Hallábase Carlos en el jardín, y su padre, exasperado con algunas respues-

tas y desacatos de su hijo favorito, que había mezclado en la contienda el nombre de su hermano, bajó con un látigo, y después de increparle ásperamente por si había puesto ó quitado una planta que á él nada le importaba, le sacudió con furia dos terribles latigazos. Carlos palideció, no dijo una sola palabra ni tuvo mirada de ira para quien de tan atroz manera le ultrajaba. Dos gruesas lágrimas brotaron á sus ojos, y en el más doloroso silencio se retiró á su cuarto, asilo y testigo de todas sus amarguras.

La pobre madre, que se había asomado á uno de los balcones del jardín para contemplar á su hijo querido en el cultivo de las flores, en el cual cifraba sus delicias, experimentó la sorpresa y dolor intenso de presenciar aquella increíble y monstruosa escena.

Dió un grito agudísimo, y bajó al jardín con el semblante descompuesto, con la exaltación sublime de madre herida en los más íntimos y puros afectos de su corazón. Apostrofó duramente á su marido; mas éste, fuera de sí, llegó á amenazarla con análogo castigo. «Pégame también á mí, dijo la noble madre con una actitud tan firme y enérgicamente resuelta cual no había visto hasta entonces el altivo mayorazgo; márame, mas ten presente que Dios te ha de juzgar, y que no encontrarás en él más piedad ni misericordia que la que has tenido y tienes para tu pobre hijo.»

Volvió la espalda, y anegada en lágrimas se dirigió á la habitación de Carlos, diciendo con voz entrecortada por los sollozos: «¡Hijo de mi alma, hijo de mi alma! ¡Qué desgraciado eres!»

Aquella noche no acudieron á la mesa ni la madre ni el hijo ofendidos. El autor de los ultrajes comprendió que para él todo estaba perdido, y que no le quedaba en la familia más que el primogénito, su futura perdición.

Á la mañana siguiente, al oír la campana que llamaba á misa, Carlos fué á buscar á su madre, le anunció que iba, como de costumbre, á la iglesia, la abrazó, la besó en la frente, y le dirigió una mirada de tan profundo cariño y tan intensa amargura, que á su vez y con lágrimas le abrazó, prodigándole palabras de consuelo, creyendo que aquella aflicción era por el recuerdo de lo ocurrido el día anterior.

¡Desventurada! Era la última vez que le había de ver.

Á la hora de costumbre, Carlos no había vuelto á casa: llegó la de mediodía, que era la de la comida, y tampoco pareció; vino la noche y fué en vano esperarle. Las pesquisas que por diligencia de su madre se habían hecho, no dieron resultado satisfactorio; el cura dijo que le había visto

en misa, pero que al salir no le había vuelto á ver. Se inquirió en los pueblos inmediatos, y todo fué inútil.

Después de tres días de indecible angustia en la madre y sombrío silencio en la casa, la pobre señora recibió una carta de su hijo dándole cuenta de que había ido al ejército de D. Carlos, para librarse de los malos tratamientos de su padre y ahorrar á su amada madre las grandes amarguras que la ocasionaba su presencia en la familia; que había sentado plaza en el segundo batallón de Álava por hallarse sirviendo en él algunos amigos de la casa, y muy especialmente Germán, el más joven de los criados, que había sido como su ayo durante la niñez y le quería más que á un hermano; que le habían recibido muy bien, y por

las especiales circunstancias personales y de familia le habían obligado á tomar los cordones de cadete; que le perdonara lo hecho y le enviara su santa bendición de madre, segura de que Dios la recompensaría dándole resignación en sus infortunios y la paz del alma, que le deseaba del fondo de su corazón como muy cariñoso hijo.

Desahogado su primer dolor con un torrente de lágrimas, fué al cuarto de su marido, le entregó la carta de Carlos, y dijo: «Ahí tienes tu obra: recreáte en ella.»

Aquel fué el momento último de la familia: la madre, á solas con su amargura, separó vivienda dentro de la casa, y su marido quedó con el hijo predilecto, que pronto había de recompensarle dignamente sus culpables complacencias.

II.

El primogénito se hallaba próximo á cumplir los diez y ocho años: era la edad fijada por los carlistas para llamar á los jóvenes al servicio de las armas.

Deseosos de aumentar su caballería, para lo cual faltaba el primer elemento en aquellas provincias, tenían establecido un sencillo medio de redención: el que presentaba un buen caballo de fila, no cogido al enemigo en el campo de batalla, con freno y montura militar completa, todo nuevo, recibía en el acto la licencia absoluta, si se hallaba sirviendo, y la exención del servicio, si no se había incorporado todavía al ejército.

No era cosa de que el futuro mayorazgo se hubiese de someter á la disciplina militar, á obedecer ciegamente á jefes desconocidos, él que á nadie obedecía en su casa; á las rudas privaciones de la vida de campaña, y sobre todo, á la contingencia de recibir un balazo el día en que en-



RETRATOS.—POR BETTANIER.

Paris, Salón de los Campos Elíseos de 1893.

trara en fuego, cuando á tan poca costa podía librarse de tales inconvenientes y contratiempos. Encargóle su padre que fuese á Vitoria ó Burgos y comprase un caballo tal como se exigía, diciendo, para evitar sospechas, que deseaba ser nacional, y una vez hecha la compra, podía regresar á casa y obtener la exención, viviendo después tranquilo en el seno de la familia. El joven futuro mayorazgo, al parecer obediente por primera vez al autor de sus días, tomó el bolsón bien repleto de monedas de oro, con las cuales había de pagar el precio del caballo y mantenerse holgadamente una buena temporada, marchando en seguida á Vitoria, donde con el caballo de algún liberal había de librarse de coger el fusil carlista.

No había transcurrido una semana cuando escribió á su padre diciéndole, con el desenfado é insolencia de costumbre, que bien considerado el asunto, nada tenía él que ver con carlistas ni con cristinos; que si los primeros querían caballos, fueran á comprarlos en Francia, donde los encontrarían grandes y robustos, muy á propósito para que en ellos cabalgaran aquellos mozallones navarros que gustaban de servir en caballería; y si los segundos querían nacionales los buscaran entre los que tenían placer en estar siempre de centinela ó de patrulla y tirando tiros por lo que á otros importaba mucho y á ellos no les importaba nada; que él se iba á Madrid, donde estaría muy á sus anchas, libre de los desmanes de los unos y de los otros.

La carta fué un golpe terrible para el padre; á nadie podía culpar sino á sí propio: aquél había sido su hijo mimado; allí le tenía tal como era.

III.

Eran los últimos días del tercer sitio de Bilbao.

Carlos continuaba siendo cadete, pues en aquel tiempo no se ascendía fácilmente en las filas carlistas; abundaba la oficialidad, y no era cosa de aumentarla con nuevos ascensos.

Su batallón era uno de los que constituían el ejército sitiador.

Pocos días antes de Nochebuena recibió una carta de su madre participándole que en uno de los alborotos y motines de Madrid habían dado á su hermano mayor, por curioso, un balazo, aunque no mortal; que al saberlo su padre había marchado á aquella corte, donde se proponía permanecer hasta la completa curación de su hijo; que se hallaba como sola y deseaba abrazarle y pasar en su compañía la Nochebuena; y pues el sitio de Bilbao iba largo y para tiempo, pidiese licencia á sus jefes, dándoles la seguridad de que volvería pasada aquella fiesta; que no negara tan grande consuelo á su madre, pues tenía ansia de estrecharle sobre su corazón después de tantos meses de ausencia y cuando podía vivir tranquilamente en su casa, aunque fuese por poco tiempo, libre de los disgustos que de ella le habían obligado á ausentarse.

La pobre madre ignoraba que en aquellos días era incesante el fuego en los batallones de la división en que servía su hijo. Al dar cuenta á los jefes y á sus amigos y compañeros los oficiales de la pretensión muy legítima de su madre, Carlos expresó el propósito de no solicitar li-

encia hasta salir del compromiso de honra en que se hallaban empeñados; resolución que todos aplaudieron como la más digna, con tanto mayor motivo, cuanto que la dilación había de ser corta, pues si la plaza no se rendía, el ejército tendría que levantar el sitio por falta de elementos para continuarle.

Llegó el día de Nochebuena, y á las ocho de la misma, y como en los días anteriores, se rompió el fuego en la línea que defendía la división á que pertenecía el batallón de Carlos. Una lluvia pertinaz, que apenas había cesado en las dos semanas anteriores, á veces menuda y frecuentemente recia y azotadora, habría impedido empeñar una acción seria en aquel punto; mas no se trataba de un combate formal, sino de lo que se llama una diversión: por parte de los sitiadores, de distraer fuerzas llamando la atención hacia aquel punto, y dejando más libre el de ataque directo á la plaza; y de los del ejército de Espartero, hacer que sus enemigos dejaran menos defendido el campo que lo había de ser de verdadera batalla en aquella noche.

Empezaba el combate, ó más bien la escaramuza, no en línea de batallones, sino de compañías sueltas, diseminadas á voluntad, según las condiciones del terreno y la aparición del enemigo en uno ú otro punto. Se disparaban algunos tiros ó descargas cerradas y se oía la voz ¡á ellos! y corrían los cristinos delante de los carlistas; al poco rato disparaban los primeros otra descarga, daban la misma voz y corrían detrás de los carlistas; se rehacian éstos y volvían á la carga, reproduciéndose los avances y retrocesos. Los soldados, á quienes divertía aquel singular combate, le calificaron con su peculiar gracejo diciendo que estaban jugando al marro. Las acometidas y carreras de los unos y de los otros promovían las carcajadas de todos, algazara propia de hombres acostumbrados á despreciar la vida y no turbada por las escenas trágicas de aquel singularísimo juego, pues era rara la acometida en que no quedaba en el suelo algún muerto ó herido, de lo cual se cuidaban poco tan aguerridos combatientes.

Á las nueve empezó á nevar y á las nueve y media nevaba con verdadera furia: los combates parciales continuaron con más lentitud hasta cerca de las once, en cuya hora cesaron las acometidas por la dificultad de los movimientos, á causa de la densa capa de nieve que cubría el suelo. Los batallones recibieron la orden de retirarse á los caseríos y pueblos donde estaban acantonados, para reponerse de los quebrantos de aquella noche de agua y nieve, y sólo quedaron algunas compañías sueltas, que poco después fueron llamadas á descansar, quedando todo en silencio por aquella parte.

La verdadera batalla comenzó después de las doce en las inmediaciones del puente de Luchana, habiendo sido coronada por el éxito para Espartero, gracias á su buena fortuna: de treinta batallones carlistas, sólo combatieron ocho: cuando, al amanecer, los veintidós restantes que se hallaban muy tranquilos en sus acantonamientos de las inmediaciones, recibieron la noticia de haberse levantado el sitio, jefes, oficiales y soldados se miraron con asombro, no acertando á darse cuenta de lo que allí había pasado.

Volvamos al campo de los combates parciales, del juego del marro.

Poco antes de las doce, y después de haber estado largo



ISABELITA Y THOR.—CUADRO DE D. JOAQUÍN SOROLLA,

tiempo descansando sobre las armas, se retiraba la última una de las compañías del segundo de Álava. De pronto se oyó una voz que decía: «¡Socorro, compañeros, socorro!» —«Esa, dijo con viva emoción uno de los soldados, es la voz del cadete Mendieta»; y para adquirir la certidumbre, gritó: «¡Mendieta, Mendieta!» —«Yo soy, yo soy, contestó la voz dolorida; ¡aquí, aquí!»

El soldado corrió presuroso buscando á Carlos, á quien ocultaba la densa capa de nieve. «¡Carlos, Carlos! ¿Dónde estás? dijo al observar que nada se veía sobre la capa que cubría el suelo.—Aquí, aquí, contestó Carlos levantando un brazo como señal.—¿Estás herido?—Sí, Germán, dijo al reconocer en el soldado al antiguo fiel servidor de su casa.—¿Dónde?—En el pecho.—¿Cuánto tiempo hace?—Más de una hora.—¿Y sin curar todavía?—Sin curar.—¡Pobrecito de mi alma! una hora desangrándote y abandonado aquí, en la nieve; ¡pobrecito de mi alma! Yo te llevaré ahora mismo al hospital de sangre; te curarán y me quedaré contigo: buen ánimo, Carlos; ¡arriba! Te llevaré á caballete como te llevaba cuando eras niño, ¡arriba!»

Y cogiéndole por debajo del arranque de los brazos le puso lentamente en pie para cargar con él á la espalda. «¿Qué es esto, Carlos? ¡Dios mío! Estás desnudo de medio cuerpo abajo.—Sí, dijo el pobre herido, al recibir el balazo y caer al suelo, perdí el conocimiento; me debieron de tener por muerto, y me despojaron de los pantalones exterior é interior.—¡Ah, malvado el que lo ha hecho! ¡Con esa ropa le entierren! Si conozco tu pantalón, el que lo lleve puede contar con que le meto la bala de mi fusil en la cabeza.»

Y suspendiendo su arma por el cinturón de porta en el hombro izquierdo, invitó al herido á que se asiera con los dos brazos á su cuello para conducirlle mejor en la forma que le había dicho, y era la única indicada en aquella situación. «Tengo frío, Germán..... mucho frío, dijo lánguidamente el desventurado Carlos, al abrazar el cuello de su fiel antiguo criado.—¡No has de tener, pobrecito! Más de una hora medio desnudo y cubierto de nieve..... Yo te arroparé con los faldones de mi capote, y cuando lleguemos al hospital de sangre, te rebozaré en una manta bien caliente..... ya verás, ya verás..... ¡Buen ánimo, Carlos!.....» Y después de arroparle bien con su capote las piernas, que tenía casi heladas, emprendió la marcha con el herido á la espalda. «¡Qué Nochebuena, Carlos! ¡qué Nochebuena! ¡Otros en paz, recreándose en su casa con la familia, y nosotros aquí, matándonos como fieras! ¡Muchos gozando en sus mesas, y nosotros hoy con media ración, sin haber recibido todavía á estas horas la otra media! ¡Cómo ha de ser! ¡Válganos Dios!—Es verdad, es verdad, dijo el herido: ¡pobre madre mía!»

Carlos apoyaba su cabeza sobre el hombro derecho de Germán, y su boca sobre el cuello, humedeciéndole con el aliento. El soldado, veterano en aquella sangrientísima guerra, y práctico en trances análogos, comprendió, por los quejidos débiles y entrecortada respiración del herido, que tal vez fuesen ya inútiles por tardíos los auxilios de la cirugía, y serían más eficaces otros para el alma, ya que no llegaran á tiempo los del cuerpo. Con su fe sencilla, pero ardiente y profunda, iba á exhortarle cariñosamente, cuando en un reloj de pueblo inmediato sonaron las doce. «¡Carlos, Carlos! dijo con entrañable afecto el fiel soldado

Germán. ¡Nochebuena! ¡Las doce! ¡Á esta hora nació nuestro Salvador!» Y formuló una tierna plegaria que había aprendido en su niñez.

Repetiéndola fervorosamente el pobre herido, y al concluir se irguió por un esfuerzo supremo, añadiendo con acento de dolorosa agonía y de inefable esperanza: «¡Virgen madre mía! En esta santa noche sálvame.»

Su cabeza volvió á caer sobre el hombro de Germán, y sus brazos dejaron de abrazar el cuello á que habían estado asidos. El soldado, con la más honda consternación, le llamó: «¡Carlos, Carlos!» No respondió. Por un movimiento brusco le separó de la espalda, le cogió en sus robustos brazos, le desabrochó rápidamente los botones superiores de la levita, introdujo la mano, y la posó sobre su corazón: ya no latía.

«¡Muerto, Carlos de mi alma, muerto!» exclamó con el intenso dolor de un padre que acaba de perder á su hijo: derramando un torrente de lágrimas cerró piadosamente los ojos del que había sido encanto de sus primeros años; tendió el cuerpo, que se hundió en la nieve como en una fosa, colocó en posición recta la cabeza, cruzó sus brazos sobre el pecho, y cayendo de rodillas y dirigiendo su mirada al cielo, oró más que con los labios, con el corazón: ¡único funeral del que allí quedaba tendido, en la soledad de un campo de batalla!

Y después de contemplar largo rato el cadáver, como si esperase que todavía hubiera de llamarle Carlos, marchó llorando con intensísima amargura y volviendo frecuentemente la cabeza para ver si el muerto no lo era y se levantaba pidiéndole socorro.

«¡Pobre madre! ¡pobre madre! exclamó con frase entrecortada por el dolor, y aumentando con el recuerdo el raudal de sus lágrimas. ¡Cuando lo sepas! ¡cuando sepas que yo he sido el lecho donde ha muerto el hijo de tus entrañas! ¡Y que ha muerto cuando esperabas abrazarle! ¡en la Nochebuena, al cántico de Gloria de los ángeles!»

Y marchando, marchando sobre la nieve, con el corazón hondamente angustiado, desapareció en la densísima y profunda cortina formada por los millones de copos que, anchos y esponjosos, caían en espesísimo cernido, aumentando el silencio de aquella naturaleza en tal momento tristemente solitaria.

IV.

Al amanecer dejó de nevar.

Habría sido inútil buscar el cuerpo inanimado del pobre Carlos Mendieta. La nevada, la más copiosa de cuantas recordaba haber visto aquella generación, pues tenía cerca de una vara de espesor, había cubierto las innumerables charcas de sangre y los centenares de cadáveres tendidos en lo que pocas horas antes había sido campo de batalla. Todo aparecía tranquilo en aquella rasa y blanquísima superficie, sobre aquel simbólico manto de inocencia.

Era providencial: no se habían de ver los horrores y desolación de la guerra el día siguiente á la noche, santo aniversario de aquella en que los coros de los ángeles cantaron: *Gloria á Dios en las alturas, y PAZ en la tierra á los hombres de buena voluntad.*

JULIÁN MANUEL DE SABANDO.



EL TIC-TAC.—CUADRO DE MONGINOT.
Exposición de los Campos Elíseos, de 1893, en París.





LA PREDICCIÓN DEL TIEMPO

Las dos ciencias predilectas del hombre son la Medicina y la Meteorología: todos nacemos médicos y meteorologistas, llegando con el curso de los años, sin necesidad de estudio alguno, á conocer las enfermedades y sus remedios, y las mudanzas que pueden ocurrir en la atmósfera. Este saber tan universal, se practica casi siempre de un modo casero, y constituye la base de la conversación entre gentes que tienen poco que decirse; pero veces hay en que de esotérico se hace exotérico, y sale al exterior aquilatado y pulido, en forma de específico maravilloso, si se trata de la ciencia de curar, ó de almanaque ó anuncio meteorológico, si de la ciencia del tiempo. Gracias á los progresos de la Medicina, son conocidos por charlatanes los individuos que trafican con sus drogas y unguentos, y sólo el vulgo más indocto cree en la virtud de esos remedios; pero los pronosticadores del tiempo, charlatanes de otra especie, encuentran con facilidad, aun entre personas que á sí mismas se tienen por cultas, quien tome por lo serio sus disparates.

Esta clase de embaucadores, que explota la credulidad de las gentes, anunciándoles con gran anticipación la lluvia y el buen tiempo, no es nueva, y ya existía en la época en que floreció Ramsés el Grande, esto es, hace unos tres mil años. En el Museo Británico existe un almanaque escrito en papiro, descubierto en un sarcófago, que contiene, á más de su carácter religioso, el tiempo probable para cada día del mes.

Durante la Edad Media eran numerosísimos los escritos de esta clase, muchos de los cuales se han impreso y reimpresso multitud de veces, tirándose ediciones nuevas hasta en el siglo XVII en todas las naciones de Europa; y hasta el siglo actual, sólo en algunas, entre las cuales está la nuestra. La mayor parte de estos libros eran de carácter astrológico, y hacían depender las perturbaciones atmosféricas de la situación respectiva de los astros conforme con los principios de la filosofía hermética, y de las cualidades especiales que se atribuían á cada uno de ellos; y según que eran húmedos ó secos, y cálidos ó fríos, así resultaba el tiempo; ó bien debiendo ser lluvioso, v. gr., el mayor incremento ó colocación en el cielo de un astro cálido, producía un tiempo templado.

El famoso Jerónimo Chaves, astrólogo y cosmógrafo, en

su *Repertorio de los tiempos*, escrito á mediados del siglo XVI, é impreso en Sevilla en 1580, trae un capítulo con el siguiente epigrafe:

«Siguese la pronosticación natural de las mudanzas de los tiempos, es á saber, de serenidad, pluvias, vientos, tempestades y fríos, juntamente con las señales de terremotos, pestilencias y carestias.»

Empieza Chaves su explicación como sigue:

«General parecer es de todos los naturales y buenos astrólogos la pronosticación que se hace por las estrellas segundas, ser más cierta y mejor que la que se demuestra por las estrellas primeras. Y en este parecer es Ptolomeo en la proposición cuarta de su Centiloquio, donde dice que el hombre, por su natural razón y entendimiento, juzga por las segundas estrellas; este tal juzgará más ciertamente, y su juicio y pronosticación será mejor, que el de aquel que solamente juzgare por las primeras estrellas. Y el comentador dice las segundas estrellas ser las señales que parecen en el aire, como son los cometas y los círculos que parecen junto al Sol y la Luna, y á todas las otras estrellas y otras cosas similares á éstas, que por experiencia se notan en esta región elemental. Y como considerase estas cosas Ptolomeo para mayor certinidad de las pronosticaciones hechas por las estrellas primeras, que son los cuerpos celestes de quien proceden las influencias, dijo ser cosa conveniente que juntamente se notasen las señales naturales que vemos en esta región elemental; y así dice, en la proposición trece de su Centiloquio, que conviene al astrólogo prudente, teniendo conocida alguna cosa por venir según las estrellas primeras é influjos celestes, aprovecharse asimismo de las segundas estrellas y señales naturales, porque si concordasen ambas, seguramente juzgará el tal efecto haber de acontecer. Como si en caso, por alguna conjunción ó eclipse, pronosticase alguna pestilencia ó enfermedades en los cuerpos humanos, y considerando las señales naturales, hallase en el invierno haber corrido vientos austros, y en el verano haber abundancia de aguas, expeliéndolas los tales vientos, seguramente y con verdad podrá este tal juzgar que, viniendo el calor, aquellas humedades se corromperán, y serán causa que en el estio haya muchas enfermedades, y así será su pronóstico más fuerte.....; y mayormente en la

pronosticación de los tiempos, que es más difícil de juzgar por razón de las muchas causas que concurren para la alteración del aire, y hay unas que se contrarían con las otras.... Y porque son muy pocos los que entienden bien la Astrología y muchos los que la ignoran, parecióme ser cosa conveniente dar ciertas reglas y avisos, con las cuales la gente popular y rústicos que carecen de la Astrología, puedan pronosticar las mudanzas de los tiempos....., es á saber: de serenidad, pluvias, vientos, tempestades, fríos, terremotos, pestilencias y carestías. Y porque para cada uno de estos efectos concurren muchas señales, por esta causa guardamos un cierto orden natural en contarlas.... Vienen primero las señales por estrellas, Sol y Luna. Luego las señales que parecen en el aire. Luego por las aguas y los peces....., las cuales señales colegimos de muchos y muy fidedignos autores y hombres filósofos: Alberto Magno, Aristóteles, Beda, Ptolomeo, Virgilio.....»

Sigue luego el autor describiendo las señales á que se ha referido, y no podemos por menos de copiar algunas, por lo instructivas que son para juzgar de la lentitud con que progresa el espíritu humano.

Según el astrólogo Chaves, «todos los filósofos afirman que generalmente los cometas suelen demostrar muertes de príncipes y grandes señores, á causa del aire que entonces está más viscoso y grueso, por razón de la materia del cometa, y empece más fácilmente á los príncipes delicados y tiernos que á los rústicos del campo.»

El cometa que el autor llama de la diferencia *Pertica* denota falta de lluvias y gran sequedad, y si pareciera junto con alguno de los planetas, denota otras cosas según la significación de aquel planeta.

La quinta diferencia la constituyen los cometas que el autor llama *Dominus Ascone*, y denotan, á más de las consabidas muertes de príncipes, sediciones, guerras, hambres y carostías, «muchos truenos, relámpagos y rayos.»

La novena diferencia es la llamada *Nigra*, que indica gran mortandad y pestilencia, y que muchos hombres perecerán por el cuchillo; asimismo denota «fríos, nieves y heladas y tenebrosidad en el aire, grandes tempestades, torbellinos, terremotos y particulares diluvios.»

Sigue luego la clasificación de los cometas por sus colores, para asimilarlos á los planetas según los principios de los astrólogos y alquimistas, y juzgar del influjo definitivo que habían de tener sobre los accidentes atmosféricos.

Este libro de Chaves se ha venido reimprimiendo con diversos nombres, modificándose la disposición de los capítulos y las materias tratadas, pero reproduciendo siempre las mismas ideas, hasta nuestros días. El título que de un modo casi definitivo se adoptó, fué el de *Lunario*, por haber publicado uno así, otro famoso cosmógrafo y astrólogo llamado Jerónimo Cortes, valenciano, á fines del siglo XVII ó principios del XVIII, que obtuvo gran acogida. De este *Lunario perpetuo* hay una edición dada á luz por D. Pedro Enguera, profesor de Matemáticas, impresa en Madrid en 1720. Júzguese del valor científico del libro por los siguientes pasajes:

«Si los primeros truenos del año sucedieren estando la Luna en el signo de Géminis, denotan lluvias y granizos, copia de panes, legumbres, y falta de todo género de aves de comer, pero no de las que son de rapiña.

»Si estando la Luna en Libra sucedieren los primeros truenos, señala que el año será seco al principio y muy húmedo á la postre.....

»Si estando la Luna en Sagitario sucedieren los primeros truenos, señala que habrá moderadas aguas y provechosas, aunque las frutas serán pocas, y las riñas y cuestiones entre domésticos serán muchas.

»Si estando la Luna en Piscis sucedieren los primeros truenos, señala sobrada sequedad, y á su tiempo grandes hielos, mucho vino y pocos frutos; señalan enfermedades y no mortales.»

Triste es que en el primer tercio del siglo pasado se imprimiesen en nuestro país tales patrañas; pero mucho más triste es que todavía haya millares de individuos que creen firmemente en semejantes absurdos, como lo demuestra el que ese mismo *Lunario perpetuo* se ha seguido publicando sin interrupción hasta el año 1888, y aun es muy posible que haya alguna edición posterior; es evidente que si el libro no tuviera lectores, no estaría solicitado y no se reimprimiría. Esta ignorancia profunda, que en mucha gente se hermana con el amor á lo maravilloso, explica el éxito que alcanzan los charlatanes que se dedican, según su fantasía, á pronosticar el tiempo.

Como, por otra parte, la Meteorología es una ciencia que principia, y en sus aplicaciones prácticas tropieza con problemas de resolución casi imposible, no sólo por ahora, sino durante largo tiempo, resulta que sus pronósticos, sobre ser, por lo común, más que prudentes, tímidos, están calculados para plazos muy cortos, y no es esto lo que gusta al vulgo, sino las afirmaciones positivas y hechas á largo plazo; tan largo á veces, indeterminado.

Estamos acostumbrados á la exactitud con que se cumplen los anuncios de los astrónomos respecto, por ejemplo, de las horas á que se ha de verificar un eclipse, de los puntos desde donde ha de ser visible, y de las fases que ha de presentar en cada uno de ellos, y pedimos que los meteorólogos sean igualmente exactos en sus predicciones; pero las condiciones en que se encuentra el meteorologista le son en absoluto desfavorables, pues en la actualidad desconoce la mayor parte de las leyes que rigen los movimientos y las modificaciones de la atmósfera, del mismo modo que el astrónomo, con todo su saber, desconoce las que gobiernan en la superficie del Sol; así es que ninguno puede predecir la zona en que habrá de aparecer una mancha, ni cuánto tiempo durará, una vez aparecida, ni si conservará su forma inicial ó se segmentará en otras varias.

Para procurar salir del estado de inferioridad en que se halla la Meteorología, no hay más que el lento camino del estudio de los fenómenos, con arreglo á los principios estrictos de la ciencia, y la práctica de la experimentación, en las raras veces que tal cosa es posible para el meteorologista, obligado siempre á aguardar que los fenómenos se le presenten, por lo común en regiones inaccesibles.

Sin embargo, algunas leyes se conocen, y algunas reglas empíricas se tienen, que permiten formar un juicio probable de las mudanzas del tiempo, siempre que se cuente con el concurso de multitud de observadores, pues un meteorologista aislado, que no tenga noticias de lo que ocurre lejos de su estación, carece de elementos para predecir el tiempo. Con esto queda dicho que es indispensable la trans-

misión telegráfica de las observaciones efectuadas en una gran extensión de territorio, sobre el aspecto del tiempo y las indicaciones de los instrumentos, al meteorologista que pretenda hacer predicciones, y así es como se procede, en efecto, en todas las naciones que tienen montado el servicio meteorológico.

Á una misma hora y en gran número de puntos, se observa la altura del barómetro, la temperatura, la humedad, la dirección y fuerza del viento, el estado del cielo, la cantidad de lluvia ó nieve, etc., y se telegrafían esos datos á una oficina central encargada de clasificarlos y juzgar de su valor. Á primera vista, pudiera parecer que con tal cantidad de noticias é informes, la predicción del tiempo no sería obra de extraordinaria dificultad; mas considerando, v. gr., la inconstancia, la movilidad de las nubes, que, en definitiva, son las que constituyen el tiempo, y que el telégrafo es incapaz de decirnos si las nubes observadas en tal parte se resolverán en lluvia ó nieve, si aumentarán en número y densidad, ó si se desvanecerán y disiparán en el aire, bien se alcanza que el problema es en extremo arduo.

En la oficina central se aplican las correcciones necesarias á las observaciones, y éstas se inscriben, valiéndose de símbolos convencionales, en una carta geográfica del país. En España se reciben diariamente, en el Instituto Central Meteorológico, cerca de setenta telegramas referentes al tiempo que hace entre siete y ocho de la mañana, en otras tantas estaciones repartidas por toda la Península y por el extranjero. De Portugal se vienen cuatro despachos; de Irlanda, uno; de Francia, nueve; de Italia, cuatro; de Argelia, dos, y de Túnez, dos. Al lado de cada estación de las marcadas en el mapa, se escribe la cifra que indica la presión barométrica; y todos los lugares que tienen la misma presión, se unen con líneas que se llaman *isobaras*; en otro mapa se escribe de un modo semejante la cifra que representa la temperatura de cada punto, y se enlazan por medio de líneas *isotermas*, aquellos en que la temperatura es igual.

Con flechas trazadas en la dirección conveniente, se representa el rumbo de donde sopla el viento, y su fuerza, agregando á las flechas un número de plumas ó barbas proporcionado. De un modo análogo se indica por medio de signos la lluvia, la nieve, la niebla, las tormentas, las nubes, etc., y así se obtiene la representación cartográfica del estado del tiempo en una gran extensión del territorio.

El estudio de estos mapas demuestra que, con gran frecuencia, las líneas isobáricas, ó de igual presión atmosférica, se encorvan, á veces cerrándose completamente, alrededor de un centro, donde la presión alcanza su valor mínimo, desde el cual crece gradualmente hasta la isobara más distante; se observa también, que el viento circula alrededor de ese mismo centro, en sentido contrario al de las agujas de un reloj, y que su fuerza está en relación con la distancia que entre sí guardan las isobaras. Este estado atmosférico corresponde al mal tiempo, al tiempo borrascoso ó de tèmoral; y al sistema de isobaras y vientos que lo representa, se le da el nombre de *ciclón, temporal, borrasca* y también el de *depresión ó mínimo barométrico*.

Opuesto á este estado, hay otro, caracterizado por isobaras, asimismo cerradas muchas veces, en torno de un centro, donde reside la presión máxima, que decrece de un modo

gradual hasta la isobara externa, y es el que corresponde al buen tiempo; en este estado, el viento, débil casi siempre, circula también alrededor del centro, pero en el mismo sentido que las agujas de un reloj. Á esta disposición de la atmósfera se le da el nombre de *anticiclón, máximo barométrico ó máximo de presión*.

Estas masas aéreas de presiones diferentes siguen las leyes conocidas del movimiento de los fluidos, y así como el agua corre de los sitios más altos á los más bajos, con rapidez tanto mayor cuanto más grande es la diferencia de nivel que los separa, de igual manera el aire afluye de las regiones en que la presión es mayor, esto es, de los anticiclones ó máximos barométricos, hacia las de menor presión, hacia los ciclones ó mínimos barométricos, con fuerza tanto mayor, cuanto mayor es la diferencia de presión entre las dos zonas consideradas; se suele decir, aunque con impropiedad, que de un máximo á un mínimo hay una *pendiente ó gradient*, que ésta es la voz inglesa que generalmente se le aplica.

Á un gradient elevado corresponde un viento fuerte, y á uno bajo ó pequeño, un viento flojo.

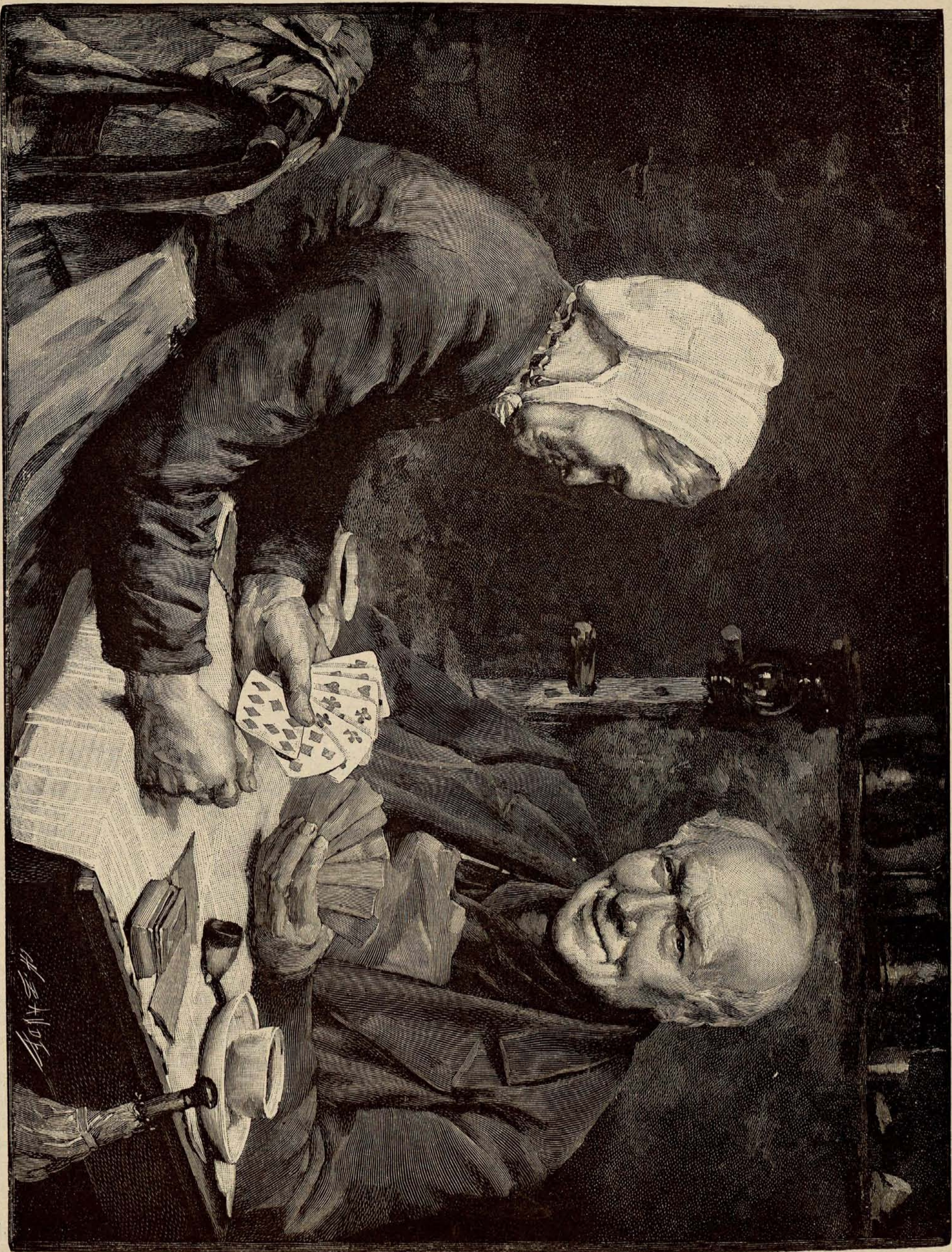
Esta es la primera ley de que se hace uso por los meteorologistas para calcular la fuerza y la dirección del viento, ley que tiene sus excepciones, producidas por causas locales, como montañas, estrechos, etc., que perturban la marcha que debieran seguir las moléculas aéreas. Pero aparte de estas perturbaciones locales, hay otra general y permanente, debida al movimiento de rotación del globo terrestre, que hace que el viento se incline hacia la derecha, desviándose de la dirección rectilínea que en otro caso seguiría, al ir del máximo de presión al mínimo. Esta segunda ley, cuyo descubrimiento se debe al meteorologista holandés Buys Ballot, se enuncia así:

En el hemisferio boreal, un observador, de espaldas al viento, tendrá á su izquierda, y hacia adelante, el mínimo de presión, y á su derecha, y algo hacia atrás, el máximo.

Conociendo la distribución de las presiones, podemos establecer, con auxilio de esta ley, la dirección del viento, en torno de un máximo ó de un mínimo; y calculando el valor del gradient, podremos determinar su fuerza: recíprocamente, conociendo la dirección del viento en varios puntos, y su fuerza, nos será dable fijar la posición del mínimo barométrico, con bastante aproximación á la verdad.

Como de los vientos depende inmediatamente que el tiempo sea bueno ó malo, seco ó lluvioso, cálido ó frío, y las leyes anteriores nos permiten conocer qué viento debe reinar, estamos en aptitud de pronosticar el tiempo á plazo breve, puesto que es sabido que los vientos del Sudoeste traen la lluvia; los del Sur, el calor; los del Norte y Nordeste, el frío, etc., considerando el asunto de un modo general, y para el interior de España, pues la disposición de las costas, la altura de las montañas, la orientación de las cordilleras, la amplitud ó angostura de los valles, en suma, los accidentes geográficos en primer grado, y en segundo otras causas artificiales, como v. gr., la clase de cultivo, influyen poderosamente para modificar el carácter y naturaleza del viento.

Tenemos, por lo que llevamos dicho, dos sistemas de presiones atmosféricas. El ciclónico, de nubes, lluvias, tem-



?¿QUIÉN GANARÁ?—CUADRO DE KRABANSKY.
Paris.—Salón de los Campos Eliseos de 1893.

porales y vientos fuertes que circulan en sentido contrario al de las agujas del reloj, y corresponde á un mínimo barométrico. Y el anticiclónico, de cielo claro, aire seco y vientos calmosos que circulan en el mismo sentido que las agujas del reloj y corresponde á un máximo barométrico. Con tales elementos, y el estudio de la marcha que por lo común siguen los mínimos y máximos, tenemos alguna base racional para intentar la prognosis meteorológica.

Se ha notado, que los anticiclones son formas ó estados bastante permanentes, que caminan con gran lentitud; al paso que los ciclones son de naturaleza más efímera, se presentan casi de improviso, se mueven rápidamente, cambian de forma, se ensanchan, se contraen y aun se segmentan, pero á pesar de tanta movilidad, siguen una ruta ó trayectoria que casi siempre se dirige de Sudoeste á Nordeste (1), bordeando el anticiclón, al cual dejan á su derecha. Este caso se presenta con mediana frecuencia en España durante el invierno. En esa estación es corriente que toda la Península se encuentre ocupada por un anticiclón (ocasiones hay en que el anticiclón cubre la Europa entera), y al llegar del Atlántico un mínimo, con dirección á la Península, no penetra en ella, sino que la deja á su derecha y prosigue su camino hacia el Norte, para encorvarse luego hacia el Nordeste, cuando no encuentra ya el obstáculo que le impidió seguir su marcha rectilínea. Pero cuando el ciclón procede de África, en cuyo caso el anticiclón queda á la izquierda, no es tan fácil calcular su trayectoria, y hay que atender principalmente á las indicaciones termométricas, observando la marcha de la temperatura.

Tales son los fundamentos en que se apoya el meteorologista, á más del conocimiento conveniente de las condiciones climatológicas de la localidad ó territorio, para pronosticar el tiempo, y tal vez pudieran estimarse suficientes, si las depresiones se presentaran siempre con este carácter típico que hemos dado al ciclón; así ocurre muchas veces, en particular en invierno, y entonces la predicción no presenta dificultades extraordinarias, salvo el cálculo de la velocidad con que ha de moverse el meteoro, pues acerca de este punto casi no se sabe nada. Pero cuando los caracteres del ciclón están poco definidos, como

sucede en el verano con las depresiones secundarias ó parciales, apenas perceptibles en las cartas sinópticas del tiempo, pues las diferencias de presión no indican sino una pequeña irregularidad en las isobaras, entonces el problema se hace mucho más difícil y delicado; porque el meteorologista tiene que predecir el estado del tiempo con elementos muy insuficientes y en circunstancias muy críticas y apremiantes, toda vez que la formación de tormentas que pueden producir lluvias torrenciales y pedriscos, que destruyan y arrasen las cosechas, dan al pronóstico una importancia de que carece en invierno, por regla general.

En estos casos, el pronóstico de la oficina central debe ser rectificado por el observador local, el que, consultando su barómetro, y estudiando atentamente la marcha de las nubes y la dirección del viento, puede hacer su predicción con más acierto que desconociendo el estado meteorológico de una gran parte del país, y limitado á lo que se descubre en el horizonte de su estación.

En cuanto á la exactitud con que se cumplen los pronósticos, hay que establecer diferencias entre unas naciones y otras, no porque los meteorologistas de todas ellas no sean igualmente capaces, sino por la situación geográfica de cada país; también hay que tener en cuenta la clase de pronósticos: en unos, v. gr., en los marítimos, á lo que hay principalmente que atender, es á la fuerza y á la dirección del viento; al paso que en las predicciones agrícolas la fuerza del viento carece de importancia, siendo la lluvia ó la sequía los elementos de mayor interés. En términos generales, puede decirse, que las predicciones marítimas se realizan de 80 á 85 veces por 100, y las terrestres llegan en ocasiones hasta el 92 por 100: en todo caso, los pronósticos se hacen para un plazo de veinticuatro horas, y en determinadas circunstancias, menor aún, pues en muchas oficinas meteorológicas se recibe una segunda serie de telegramas por la tarde, que obligan en ocasiones á modificar el pronóstico de la mañana. En los Estados Unidos, donde el servicio meteorológico tiene un hilo telegráfico propio, y destinado por lo tanto á este uso únicamente, se ensaya el sistema de predicciones agrícolas para dos ó tres días, por oficinas regionales, pero no por la central.

AUGUSTO ARCIMIS.

(1) Nos referimos siempre al hemisferio boreal y á Europa.





PENSAMIENTOS

Aunque tengamos libertad para el mal, nunca tendremos derecho. De ahí que si toleramos aquél por razón de Estado, le rechazamos por deber de conciencia.

Camina el libre albedrío
Ante un dilema fatal:
Hombre ó bestia, ley ó palo,
Jesucristo ó Barrabás.

Perece lo que debe perecer, y subsiste lo que debe subsistir. La tempestad, que anega en sombras la tierra, no puede eclipsar al sol que brilla en el cielo.

Urge que España practique
Este lema de mi escudo:
—Más hacer, menos palique,
Y ¡abajo! un tipo, el cacique,
Y una ley, la del embudo.

No ambicionemos tanto la verdad, que en lugar de hallarla en el fondo del crisol, la desvanecemos en el fuego á que la sujetemos.

Personas que me revientan
Sin poderlo remediar:
El tonto que se cree listo,
El listo que se cree más,
Y el plagiario, listo ó tonto
Que se dice original.

El que se desvanece en las alturas declara que no merece volar como águila, sino arrastrarse como gusano.

Gil, encomiando á un señor
Que dadivoso le auxilia:
«El eminente escritor
Don Nicanor de Sicilia.....»

(Advertencia: Nicanor
Sólo escribe á su familia.)

La envidia es el furor de la impotencia.

Hay zulocho tan bellaco,
Que ante el gladiador que vence,
Vuelve á otro lado la cara,
Llamando al mérito, suerte.

Cien justos enmudecen y un bribón escandaliza. El número cediendo al descoco. ¡Guay de los bribones, altos ó bajos, el día en que los justos griten!

Infernal ciclón ó peste
Mata al bueno y deja al malo.....
¡Y aun duda el pobre Gonzalo
De si habrá más mundo que éste!

Vivimos tan de prisa, que morimos antes de tiempo, señalando algunos su breve paso por la tierra con negaciones, despechos y odios insaciables..... Coronemos dignamente los modernos adelantos remontándonos á las alturas de la fe, de la esperanza y de la caridad, siquiera por egoísmo.

Inclinar una balanza
Es obra de maña ó fuerza;
Pero fijar su equilibrio,
Roma entre Pompeyo y César,
Exige mayor cuidado
Y un poquito más de ciencia.

Los sectarios odian á los apóstoles, como el mal odia al bien. Por fortuna, aquéllos son la tormenta de una hora, mientras éstos son la armonía de los siglos.

ABDÓN DE PAZ.

MEMORIAS DE UN CÓMICO

DEFINITIVAMENTE PARADO



TAN definitivamente, que murió hace ya tres ó cuatro años el amigo Pepe López.

Algunos días después de su muerte, la pobre viuda anunció almoneada de todos los trajes, papeles y libros del actor difunto.

Pocos acudimos al llamamiento de la verdadera necesidad de

aquella mujer que había participado de todos los horrores de la azarosa existencia del cómico.

Los libros se reducían á unos cuantos volúmenes de dramas y comedias de distintos y casi todos malos autores contemporáneos, que profanaban con su compañía tal cual maravilla del ingenio de Calderón ó Lope.

Los papeles—descosidos, sucios y rotos en muchos pliegos—eran los que le habían correspondido en los repartos de las obras ejecutadas por las compañías de que había formado parte en sus últimos años.

Los trajes y las armas del que había representado personajes de todas las épocas, formaban un montón confuso, por la mezcla extraña de prendas, y abigarrado, por la multitud de colores que en él saltaban á la vista.

Toneletes, trusas, coletos, petos, espaldares, túnicas, botas de ante, mandobles, puñales, espadas de cazoleta, bandas rojas, cinturones de cuero, y, junto á unas mangas de panilla acuchilladas, el frac ó la levita poco presentables ya á la luz eléctrica de las baterías de ahora en los proscenios.

Todo aquello estaba ya en mal uso, y en parte destruido, y los pocos cómicos sin contrata que habían acudido á la almoneda á caza de gangas, se llevaban lo que les parecía, malbaratado hasta el extremo, y alguno con promesa de pagar á la viuda cuando recibiese el problemático *prés-tamo* del primer ajuste para provincias.

La viuda de Pepe López me miraba con ojos espantados ante aquella bandada de cuervos que se iban llevando los despojos del que para ella había sido todo un gran artista.

Yo quise llevarme un recuerdo del que me había llamado amigo, y pagué á buen precio la espada con que López, en figura de Tenorió, había matado doscientas veces á D. Luis Mejía.

La viuda, al recibir el dinero, me estrechó la mano con gratitud, corrió hacia una cómoda desvencijada, abrió un cajón, y sacó un rollo de papeles, que puso en mis manos, diciéndome:

—Esto se lo destinaba á usted mi marido. Usted es escritor, y sabrá dar á esos papeles la importancia que merezcan.

Prometile, en efecto, leerlos detenidamente: despedíme con las frases más lisonjeras y consoladoras en casos como el de la triste y desastrosa almoneda, y, apenas me vi en mi modesto despacho, abrí el rollo de cuartillas, á las que López había puesto por título:

MEMORIAS DE UN CÓMICO.

No me parecieron desprovistas de interés las tales Memorias, que me hubieran encantado si á la gran sinceridad del autor se hubiera unido en ellas algo de buena educación literaria, en la que tan pocos actores españoles se han distinguido.

Á beneficio de la viuda de López publico hoy las Memorias del cómico, con





UN RINCONCITO DE SEVILLA.—CUADRO DE D. JOSÉ GARCÍA Y RAMOS.

correcciones de estilo que nada las harán perder, y con supresiones y atajos que las harán ganar lo que ganarían con ellos las obras de algunos autores perdidamente enamorados de todo aquello que más las deslustra y hace desmerecer en el verdadero arte.



«Me parió y me crió mi ya difunta madre—dice Pepe López—en uno de los pueblos extremeños más próximos á Andalucía. No bien aprendí medianamente las primeras letras, tuve que sujetarme á los servicios menudos de la única barbería que había en el pueblo.

El barbero era mi propio padre, con toda la labia y el buen tañer de guitarra de los antiguos barberos de Sevilla, donde hizo sus primeras armas, ó sus primeras barbas.

Yo no podía acostumbrarme á aquella vida, ni me atrevía á coger una navaja, y, cuando contaba diez y seis años, llegué á tomar odio al oficio de mi padre, por el amor que se despertó en mí hacia el arte de los cómicos de la legua, que alguna vez se detenían y funcionaban en mi pueblo.

Con ellos trataba yo con verdadera afición y á costa de mi pellejo, cuarteado ya por las zurras del barbero como badana de suavizar verduguillos. Entre malos bastidores y bajo pingajosas bambalinas, asistía á los ensayos de los cómicos, me aprendía sus papeles, y los divertía recitando tiradas del galán joven con una entonación y un sentido que no desmerecían de los que á mi oído llegaban de boca de la gente del oficio.

Llegó por fin al pueblo, en días de feria, una menos que mediana compañía de cómicos, cuyo director, ya viejo, me tomó paternal cariño, y me mostró su admiración por mi natural facilidad en asimilarme lo poco bueno y lo mucho malo que yo había visto en el teatro, y, en son de broma, quiso repartirme papeles del galancito joven.

El que á su lado figuraba llegó á nuestra feria con tales pujos ya de primer actor, y con tales pretensiones de aumentos en la nómina, que un día antes de terminar su compromiso la compañía, abandonó á ésta en busca de mejor ajuste.

En broma me ofrecí y en serio me aceptó el director como suplente del prófugo para continuar la expedición artística proyectada por la Empresa. No podía contar con el consentimiento de mi padre, y con el mayor sigilo, después de dejar una tierna carta de despedida entre una bacía y dos brochas de dar jabón, desaparecí de la noche á la mañana con mis compañeros de arte, y me metí con ellos por tierra andaluza con buenos ánimos de ganarme la vida y coronarme de gloria.

Empecé comiendo y vistiendo por cuenta del empresario, y me procuró el director unos cuantos duros para dar noticia con ellos á mi padre de que mi vocación no andaba errada, y de que en el cómico incipiente podía hallar honra y provecho la familia, que hasta entonces había vivido oscuramente, rapando las barbas á los vecinos.

Ó los andaluces son realmente unos *guasones*, ó yo debía de hacer ante ellos verdaderos prodigios, como principiante en el arte escénico, pues los aplausos menudeaban para mí en cada papel nuevo, con tanto estrépito, que llegué á temer que se trataba de matarme en flor, *ahogándome*

en gloria, muerte de que no sería yo el primer ejemplo en el teatro.

Pero el caso es que el director y la empresa estaban muy satisfechos de mi trabajo, y hasta me pareció notar algunos movimientos de envidia en mis compañeros.

Había aprendido en pocas semanas todos los papeles de galán joven del repertorio de la compañía, y si mi entendimiento hubiera nacido á la altura de mi memoria, hubiera llegado pronto al natural y propio asiento de los grandes artistas.

Pero, en fin, tal como era, nada tenían que echarme en cara algunos de los muchos ya viejos galanes jóvenes que cobraban (salvo las quiebras) buenos sueldos en los teatros de provincia. Y una de esas quiebras hizo que mi primer viejo director disolviese la compañía, y que yo me resolviese á todo antes que á volver á la barbería de mi excelente padre, conforme ya con las consecuencias de mi atrevido abandono del hogar.

Á fuerza de enamorarme de ella en la escena, había concluido por ser, fuera también, el galán de la dama joven, hija preciosa de la característica, mujer que se la echaba de linajuda y que no veía bien los amores de su hija con el hijo de un barbero.

Pero la damita era tan firme en su querer como en sus *desplantes* en el escenario, y yo me decidí á seguir la suerte de la hija y de la madre, que empezó á tratarme ya con rigores de suegra forzosa.»



«Mi vida—sigue hablando López—fué pasándose así durante algunos años: ahora artista en activo en provincias, luego cómico *parado*, aunque paseante alguna vez en la calle de Sevilla de la corte, á donde seguía al amor que me había destinado el arte, y que yo pretendía ver sancionado por la santa madre Iglesia.

Cada vez que tocaba en Madrid, se despertaba en mí más vivo el afán de figurar en una de las compañías de sus principales teatros. Y ¿por qué no? ¿Valían mucho más que yo algunos cómicos que en ellos figuraban, ya que no por sus méritos, por la fuerza de la costumbre del público más benévolo de España?

Porque, sin pasión y sin prevenciones, yo los veía y los oía en la escena, y en éste no hallaba modales más elegantes que los del hijo del barbero; en aquél no percibía la limpieza de acento que requiere la musa castellana, y en el otro la levita ó el frac me parecían como colgados de una percha, y así me veía alguna vez en mi propio espejo.

Porque esa ha sido siempre mi desesperación: la comedia de costumbres, que va dominando más cada día en el gusto público. Mientras me veo, y veo á otros como yo, con la cota de malla ó la trusa, y la espada al cinto como recurso de reposo para la mano izquierda, en tanto que la derecha acompaña desordenadamente al tono musical de los versos del poeta, todo me parece digno de tolerancia y hasta del aplauso del vulgo, cuando las facultades del actor llegan á fascinarle más que á convencerle.

Pero ¡ay! pedirme á mí ó á otro de los infinitos cómicos ineducados, social como literariamente, que representemos un galán de la alta sociedad moderna sin que en al-

gún momento (quizás el más interesante de la obra) descubramos la oreja, eso me parece pedir gollerías, aunque sea pedir lo justo.

Yo he visto galán, de larga dura en los teatros más elegantes de la corte, el cual, mientras se ponía guantes para andar á cintarazos en un drama *de época*, se los quitaba para entrar, con el sombrero hasta el cogote, en un salón del gran mundo, donde se sentaba en un rico diván, en la misma forma que podía adoptar en los sucios bancos de un figón, enseñando al público toda la suela del zapato recién estrenado.

Y el público satisfecho, ó al menos indiferente, por la fuerza de la costumbre. Como esos afortunados compañeros de arte me parecían tan mal criados en barbería como yo, y acaso de menos entendimiento, preguntábame por qué no había de llegar yo á donde ellos habían llegado en categoría y sueldo en la capital de España.

Yo había oído hablar mucho del Conservatorio, y de que, de aquel vivero de cómicos de todos los géneros, había salido el gran D. Julián Romea, una de las glorias siempre vivas de la escena española, y, según los que alcanzaron á verle, el modelo más hermoso y acabado de artista en la comedia de costumbres.

Pues bien: yo he estudiado en Madrid á actores procedentes del Conservatorio, y alguno de ellos alumno del creador de *Sullivan*, y no he visto ni la influencia de la escuela ni la del gran maestro, y creo que de la bacía que dió de comer á mi padre, pudo salir un cómico ó una cómica tan aguantables como los que salen del aula nacional.

Con estas justas observaciones mías, y pensando en que mi pobre y digna compañera, la dama joven, también había estudiado no recuerdo si con D. Francisco Oltra ó con D. José Valero, se fué haciendo fija en mí la idea de una contrata en Madrid, con más sueldo, y de seguro con menos trabajo que en provincias.

Y la contrata llegó al fin, no por mi tenaz empeño, sino por influencia de mi prometida, cuya preciosa cara de *ingenua*, como dicen los italianos, presentada hábilmente por la lagarta de la característica, sedujo á la empresa y al director del teatro, que, al renovar la compañía, nos incluyeron á los tres en la lista y en la nómina.

Y «esta es la mía», me dije lleno de júbilo. Y, procurando vencer en estilo declamatorio las últimas resistencias de la soberbia mamá de mi actriz, antes de principiar la temporada teatral presentamos mi amor y yo nuestros papeles en la Vicaría, nos tomamos *los dichos*, y pasamos enseguida á los hechos conyugales por ante el cura párroco de San Sebastián, y en la misma capilla de la Virgen de la Novena.

Con tan buenos auspicios y en plena luna de miel, el porvenir artístico se ofrecía á mis ojos con cara muy risueña, y mi tierna costilla y yo, llenos de nobles esperanzas, deseábamos el momento de la inauguración de la temporada que había de decidir de nuestra suerte y de la de los nietos de la característica, si, por dicha, llegábamos á dárselos; que, por menos desgracia, como se verá, no se los dimos.»

«Por mano del avisador del teatro—sigue escribiendo López—llegaron á nuestra modesta vivienda, paraíso conyugal con serpiente y todo, los papeles del repertorio y de alguna obra nueva, con los cuales habíamos de empezar nuestra campaña.

Asistimos á los primeros ensayos, y el director de escena, hombre grave, concienzudo en su arte y machacón en demasía, achacó desde luego lo que él llamaba nuestros *ligeros defectos* á vicios *de provincias*, que habían de desaparecer á su lado. Y, efectivamente, no desaparecieron; ni tampoco los defectos de otros cómicos que á su lado, y á su imagen y semejanza, habían ido formándose y creciéndose.

Se inauguró la temporada, y *pasamos* todos bastante bien, gracias á que el elegante público se ocupaba más de sí mismo que de los que andábamos por el palco escénico, y dejaba que la *claque*, bien organizada y dirigida por el mismo representante de la empresa, se despachase á su gusto.

La que no estuvo tan tolerante fué la prensa, pues si bien los diarios más *afectos* al actor-director tuvieron plácemes para todos y para todo, otros *se metieron* con nosotros, y en particular con la característica, la dama joven y este pobrecito López, de quien se aseguraba que en escena movía y frotaba las manos «como si estuviera suavizando una navaja de afeitar». ¡Demonio de crítico!

Y eso es lo que más me llegó al alma; y en vano quiso consolarme mi mujer con que á ella el mismo crítico, y por sospechoso elogio, la calificaba de bonita, elegante y simpática.

Indudablemente habíamos entrado en escena con el pie izquierdo, y mi suegra, la misma noche de la lectura de los periódicos, la pegó conmigo, y me armó una tremolina *que yo entiendo*, como empiezan á decir los chulos en el teatro. Empeñada estaba la característica de endiablado carácter en que yo era un papanatas que no entendía de achaques artísticos cuando no me había procurado recomendaciones y amistades en la prensa antes de nuestra primera salida ante el público madrileño.

Mi mujer temblaba con el papelito que le había correspondido en el reparto de la primera obra nueva que había de estrenarse en la temporada, y que era de un autor novel ó poco menos. ¡Pobrecillo! Siempre van por delante los más infelices, para echar con ellos la sonda en el revuelto mar de las genialidades temerosas del público.

No había más remedio que templar los nervios de mi asustada compañera y los más excitados de su mamá, cuyos deseos cumplí al fin á fuerza de sofocones y de violentar mi carácter, yendo de un lado á otro, hecho un azacán, en busca de recomendaciones para críticos y periodistas. Al fin se trataba de la primera obra nueva que tocábamos con nuestras manos pecadoras, y, al curarnos en salud, procurábamos de paso por la del pobre poeta, cuya horrible intranquilidad se manifestó desde los mismos días de la lectura y paso de papeles.

Y entonces empecé á tomar apuntes de lo que ocurre en esas largas horas de lectura y ensayos, en que la actitud de la compañía, desde el director hasta el segundo apunte, parece como que varía de tonos y de movimientos, según el carácter, y, sobre todo, la importancia del autor de la obra.

En mi artística vida provinciana yo no había tenido que entenderme á *la vista* con ningún verdadero autor, y sólo llegué á estrenar un tremendo drama original de un vecino de Móstoles, y en el que parecía que habían colaborado los célebres *órganos* de aquella famosa villa. Pero el teatro se llenó con la parentela y los amigos del autor, es decir, con todo el pueblo, y fueron más aún las coronas que llovieron sobre el escenario que los ripios con que acribillamos á los interesados espectadores.

En este teatro de Madrid era ya otra cosa, y por primera vez veía yo los estremecimientos dolorosos de un infeliz autor que va á *estrenar*, aunque después tuve ocasión de ver la frescura y serenidad de otros más felices.

Ya en la lectura de la comedia, casi todos los que habían de representarla oyeron al tímido poeta como quien oye llover, bostezando á ratos la primera dama, ó, lo que es peor, permitiéndose el mismo director ó el galán cómico alguna observación en tono de cuchufleta, bastante á obligar al autor á echarlos en hora mala y llevarse la obra sin pasar al primer ensayo.

No se hicieron más tarde tales desafueros con autores á quienes el dios éxito imponía, cuya autoridad se respetaba y en cuyas lecturas toda la compañía se tiraba de risa, aunque ni con un chiste se tropezase en la obra cómica, ó se estremecía con el pañuelo en los ojos, aunque ni pizca de verdadero interés y sentimiento se descubriese en el drama.

Hasta ahí no he podido llegar yo nunca como cómico, aunque tantos compañeros míos me daban el ejemplo de fingir con más arte fuera que dentro de la escena, con más naturalidad en el trato social que en trato con las ficciones de la fantasía del poeta.

Al de nuestro primer estreno le hubiera valido más llevarse su libro, condenado ya á muerte ó á silba, de telón adentro, antes de que la *alabarda* se cruzase de brazos, ó quizás ayudase á los guasones que decididamente fueron al teatro con el vino de la *pateadura*.

Porque la comedia no era peor que otras allí ensayadas y representadas con respeto y cariño, y hasta con entusiasmo, no del verdadero público, que en algunas de ellas ha tenido que aguantar *doble estreno*, fraguado en desagravio y beneficio del autor, y un número de representaciones que *al abono* le hizo poner el grito en el cielo.

En fin, la desdichada obra nueva sirvió de algo á este pobrecito cómico. Mi suegra, la característica, me dió un abrazo porque, gracias á mis indignos afanes, ciertos críticos reformaron las conclusiones de su primer juicio tan favorablemente, que hasta aquel que habló de mis manos «de suavizar navajas», dijo que «como por ensalmo había desaparecido mi amaneramiento, y que yo sólo hubiera salvado la obra, si la obra hubiera tenido salvación posible.» ¡Pobre poeta! Estaba predestinado, injustamente, á ser en aquella ocasión el *ánima vili*, entre tantas almas atravesadas, y algunas de cántaro, como yo, dicho sea sin modestia.»



«Porque yo—continúa López—he sido el cómico de más buena fe de toda la andante comiquería española. ¿Pues no

llegué á creer yo mismo que era todo lo buen actor que quisieron declararme (por sostenerme con contrata en Madrid) periodistas amigos que tomaban café conmigo todos los días, y me elogiaban con cualquier pretexto y además desinteresadamente?

Pero la gloria falsa es como la falsa moneda: cuanto más se la soba, más se descubre y se denuncia. Digo esto (como todo lo que digo) para que sirva al uso particular de cada uno de mis compañeros en tablas.

Ni el público, ni mucho menos los autores, quisieron aceptar como moneda corriente la buena fama que almas caritativas me habían ido fabricando; y en esto entró por mucho mi mala suerte, pues autores y público pudieron haberse *acostumbrado* á este como á otros López de la misma cepa.

En fin, que me quedé sin contrata á los dos años, y en vano me esforcé por tener otra en los teatros de la corte. Verdad es que también me quedé sin suegra; pero no la quería tan mal que encontrase una compensación en su pérdida.

Cuando ya me disponía á firmar con mi mujer, y muy ventajosamente, para trabajar en las provincias del Norte, llegó á mis manos una carta de un primo mío muy bruto, que brutalmente me anunciaba la muerte repentina de mi pobre padre. Yo era en el fondo un excelente hijo, á pesar de mi horror instintivo á la barbería, y lloré más lágrimas que pelos pudo rapar en su vida aquel á quien debí la mía tan azarosa.

Era mi padre tan económico y ahorrador que, aunque parezca inverosímil, dejó á su único heredero algunos miles de pesetas, con lo que vale mucho más, con el ejemplo de una honradez intachable.

Traspasada muy ventajosamente la barbería, dediqué un mes de reposo y recogimiento en el pueblo á la memoria de mis padres. Apenas dadas esas satisfacciones al corazón y á la conciencia, vino el diablo á tentarnos á mi mujer y á mí, pues casi al mismo tiempo nos sugirió la idea de meternos á empresarios, que era el camino más sencillo de hacernos, ella primera actriz y yo primer actor y director de una compañía: el bello ideal de la vanidad desatentada de los malos como de los buenos cómicos.

Reunido en efectivo todo mi peculio, formé demasiado fácilmente una compañía (no mejor que aquella en que yo me improvisé galán joven), preparé nuestra primera campaña en la capital de mi provincia, donde tenía simpatías y buenas relaciones, y ¡á vivir, tropa!

Y la tropa vivió bastante holgadamente una temporada, gracias al cariñoso interés de mis paisanos, á quienes caía muy en gracia el origen de mi historia artística, sin dejar de influir en sus buenos deseos las gracias naturales de mi mujer y primera dama.

Aquella fué para nosotros una ligera luna de miel de empresarios, y sería pesada, al par que lastimosa, para el lector de estas Memorias, la relación de todas las desventuradas aventuras que, durante algunos años, corrimos por ciudades, villas y villorrios, aquí cayendo del todo, allí levantándonos á medias, agotando nuestras facultades para convencer al gran público indocto que gusta del drama sangriento á grito herido.

No éramos viejos mi mujercita y yo cuando, ya casi sin

restos del capital heredado, nos encontrábamos con malos elementos para galanuras escénicas; ella gorda en demasía (no creo que por las satisfacciones), y yo enflaquecido y amojamado, calvo hasta la coronilla de tanto rascarme á lo calculador, y en fin, con mucho del *de la triste figura*, y no poco de aquel *D. Lucas del Cigarral* de D. Francisco de Rojas.

Y, sin embargo, seguimos así nuestro camino, que llegó á convertirse en un *vía crucis* cuando el demonio, en figura de tramposo agente teatral, vino á ofrecerme parte de lo que él llamaba un *buen negocio*, en Madrid nada menos, y en un teatro que, con su renombre de *popular*, fué para mí el golpe de gracia y el acabóse de la ruina.

¡Volver á Madrid, y de primer actor, director y empresario á medias! Pero mi mujer tocando *ya* en lo *característico* de su difunta madre, y yo convertido en galán de carácter averiado.

Rendido á la tentación, no me sorprendió poco hallarme de manos á boca con autores que se ponían á la altura de las circunstancias y me ofrecían obras nuevas, de esas que suelen estar reservadas muchos años para aquel teatro y para compañías como la de Pepe López.

En resumen: campaña breve y desastrosa: cuatro representaciones del *Tenorio*, tres de *La Huérfana de Bruselas*,

estreno con grito de un drama *de horca y cuchillo*, y primera y única representación de un melodrama patibulario para el que tuvimos la abnegación de *repintar* tres decoraciones. Dos medianas entradas en días de fiesta, y en los demás el horrendo vacío con *tifus* en aquel inmenso teatro, en que mi propia voz me sonaba á algo así como cosa del otro mundo.

Y allí se acabó todo. Mi mujer y yo, envejecidos por vida tan malaventurada, y ambos con una ronquera crónica de tanto gritar papeles, no servíamos ya para nada en el teatro. En vano me ofrecí humildemente y muy barato para hacer *barbas*, y entonces me convencí de que hubiera sido más útil dedicado á aquellas otras del oficio de mi padre. Hasta la crítica lo había adivinado en el vicioso movimiento de mis manos de artista.»

Hasta ahí llegan las ejemplares Memorias del triste y desengañado cómico. Si á los otros muchos López que empiezan á correr por esos teatros de Dios les sirve de lección provechosa esa confesión noble y sincera, resultará una rica limosna desprendida de las manos del hijo del barbero.

EDUARDO BUSTILLO.



POESÍA PURA

AL ALCANCE DE

CUALQUIER CHICO DE LETRAS.



.....
.....
Mientras la fulgente luna
Trémulamente riela
En la límpida corriente
Del arroyo que serpea
Entre grupos aromosos
De alelíes y azucenas.....
(¿Eh? ¿Qué tal?) Mientras la fuente,
Sin saber por qué, se queja,
Y en los frondosos naranjos
Y limoneros gorjean
Los canoros ruiseñores,
Tras de la escondida reja
Del cortijo, casi oculta
Por tupida enredadera,
Suelta sobre el albo seno
La lustrosa cabellera,
Y sin apartar la vista
Del camino de Mairena,
Suspira y llora Lolilla,
Lolilla la cortijera.....

.....
.....
(¡Qué final tan redondito,
Y qué descripción tan bella!
¡Si no es esto poesía,
Que venga Dios y lo vea!)

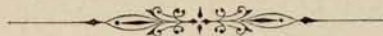
.....
.....
Ahí va la segunda parte,
Que tampoco está mal hecha.

.....
.....
Hacia el olivar cercano
Confusamente resuenan
Los dulcísimos acordes
De una sonora vihuela;
Óyese, después, el eco

De una granadina tierna,
Y al escucharla Lolilla,
Lolilla la cortijera,
Que desconsolada gime
Tras de la escondida reja,
Separa con febril mano
La tupida enredadera,
Y al ver junto á los olivos
Del camino de Mairena
La silueta de su Curro,
Que hacia el cortijo se acerca,
Lanza un grito de alegría,
Y exclama: ¡¡Bendito seas!!

.....
.....
(Aquí hay color y sabor
Y sentimiento y..... etcétera.....
¡Ah! ¿Que la cosita es cursi?
Bueno, pues cositas de estas
Han dado nombre á un sinnúmero
De calabazas rellenas;
Y no atestiguo con muertos,
Que ahí están..... ¡detente, lengua!)

J. LÓPEZ SILVA.



¡SOLLACABRAS, UN MINUTO!



POCAS veces paso por aquella endiablada estación de Sollacabras; el trozo de camino de hierro en que está enclavada sólo sirve para llevar á los baños enfermos del hígado que vuelven curados; nadie tiene, pues, interés en ir allí ni aun para visitar las gigantescas arrugas y jorobas que en aquel punto le han salido al planeta.

Y claro está, dicho esto, que los bañistas que van á las aguas no se fijan poco ni mucho en aquella estación de Sollacabras, que parece sobre un pico y vista desde abajo, desde el túnel, un nido de cigüeña en el alero de un campanario.

El tren correo llega á aquella altura á las tres de la madrugada; es un momento necesario para que la máquina tome agua; ha subido desde el valle haciendo esos tremendos por los flancos de las montañas, halando dificultosamente, como un reptil enorme que subiera calladamente al nido de cigüeñas, y que al llegar á él se detuviera rendido. Nadie se asoma al llegar á Sollacabras, donde casi siempre la montaña se emboza en jirones de nubes, y apenas la máquina ha bebido, el reptil mueve de nuevo los anillos y baja seguido, seguido, por la otra vertiente, hasta el apacible rincón en que se ve blanquear el establecimiento de baños minerales.

La vez primera que pasé por Sollacabras á la hora ya dicha había luz de luna; era yo tal vez el único viajero que no dormía, y vi el puente echado sobre la cortadura que está á tres kilómetros de la estación. La altura á que está colgado el puente me dió vértigo, y me senté sin querer mirar más, pensando con horror en lo que sería del tren y de todos nosotros si cediera un rail ó se aflojase un tornillo.

La luna se reflejaba en el hilo de agua que corría entre piedras, allá en el fondo, que de noche parecía mucho más abajo de lo que realmente estaba.

Mendoza, aquel guardaagujas chiquitín y cuadrado á quien todos los bañistas conocieron por Mendocilla, llenaba en la estación varias funciones: él cargaba en el vagón de cola lo poco que allí se facturaba, él abría y cerraba la toma de agua y hacía el cambio de entrada y salida, subiendo desde el puente con el tren, al cual trepaba, hecho el cambio, en fuerza de agilidad y costumbre.

Después de la catástrofe ocurrida en el puente, eché de menos en la estación, y al llegar, la voz de Mendocilla, que anunciaba, siempre en tono de salmodia:

—¡Sollacaaaa...bras: un minuto!

Pregunté por él, y supe, en el breve espacio que empleó la máquina en beber, lo que había sido de Mendocilla.

Una cosa muy triste que me contó el jefe de estación en tono conmovido. Mendocilla había casado á su hija por la mañana, y en el mixto, después de la boda, había mandado á los recién casados á pasar el día en la capital, único viaje de boda que podían permitirse: debían volver á la madrugada, en el correo, precisamente en aquel correo destinado á venirse con un tramo del puente por la cortadura abajo.

No se ha sabido todavía cómo fué aquello: si la horrible noche de viento y agua socavó sobre el puente parte del peñasco que al caer se llevó un trozo del tramo, ó si éste estaba en mal estado y cedió por sí solo; los restos que abajo quedaron borraron toda indicación en un solo desastre.

Nadie supo nada, mas que Mendocilla. Salió hacia el puente media hora antes de la llegada del tren, con objeto de dejar hecho el cambio y bajar todo lo que pudiera para venir con los chicos hasta Sollacabras. El pobre Mendocilla se desplomó de angustia al llegar al puente y ver lo que allí había ocurrido. Corrió á través del temporal hacia la estación, y volvió otra vez hacia el puente azuzado por esta idea: el tren tardaba cuarenta minutos en hacer el trayecto desde la estación anterior hasta la de Sollacabras, el tren *subía ya....*

Mendocilla llegó al puente, y, colgado por las manos del único rail que quedaba mal sujeto al montante, pasó al tablero intacto del otro lado, echando á correr vía abajo con su farolillo rojo en la mano, cegado por el agua, sacudido

por el viento, temblando de miedo, un miedo horrible de no llegar á tiempo.

Por una cortadura de la trinchera miró Mendocilla á la vía, que se desarrollaba en pendiente y curva, para ver si en el fondo negro del monte surgía la luz roja de la máquina. La vió de pronto, cerca, á tres kilómetros, y siguió corriendo para subir al alto de la trinchera; subió, á pesar de que el temporal le sacudía furiosamente, y en lo alto movió deseperado y loco el farolillo.

El tren siguió subiendo.....

Llegó á la trinchera, y Mendocilla se dejó caer por la trinchera, resuelto á ponerse delante, á detenerlo por sí, creyendo que él solo con sus dos brazos tendría fuerza bastante para tan temerario empeño.

Pasó el correo; el temporal, que retumbaba en los huecos de la montaña, ahogó los gritos de Mendocilla, y el agua

debió obligar á los dos hombres de la máquina á refugiarse junto al hogar, porque no vieron el farolillo de Mendocilla que movía su espantado brazo.

Y siguió el tren hasta donde el destino le llevaba para estrellarse, y el desventurado Mendocilla corrió detrás, ya perturbado en su razón: cuando acabó trágicamente el día de bodas de sus hijos, no podía ya él darse cuenta de ello.

El jefe de estación, que fué, como queda dicho, quien me refirió esto mientras la máquina hacía agua, acabó diciéndome que iba de vez en cuando al manicomio de la capital á ver si se curaba la melancólica locura de Mendocilla.

—Si viera usted—me dijo desde el estribo al arrancar el correo—cuán profunda compasión me inspira cada vez que al ver gente dice en el mismo tono de antes: *¡Sollacaaa...-bras: un minuto!*

FEDERICO URRECHA.



¡MÍRATE, COQUETÓN!—CUADRO DE R. EPP.

HABLEN CARTAS

POR EL DOCTOR THEBUSSEM

Á MI EXCELENTE AMIGA MARÍA DEL CARMEN HERRERA-DÁVILA DE MUGUIRO

En los curiosísimos *Recuerdos del tiempo viejo*, al tratar de la enfermedad y muerte del Sr. Cagigas en 1858, escribe Zorrilla los párrafos siguientes:

«A los pocos momentos, y como si Dios me lo deparara, entré á visitarme mi condiscípulo en el Seminario de Nobles el P. Solís, superior en la Habana del Colegio de Jesuitas, en cuya sociedad había profesado en 1834. Los recuerdos de la niñez son siempre agradables y poéticos: congratulábase el P. Solís de encontrar á su condiscípulo Pepe tan famoso, y asombrábame yo de encontrar á mi condiscípulo Solís superior de los Jesuitas.....—El negro encendía el gas en la sala, á la cual salí con la jofaina en la mano derecha.....—Solís cruzó las suyas y levantó al cielo los ojos, y tal vez una plegaria mental, al ver la jofaina mediada de sangre negra y de ella salpicados mi chaleco, camisa y pantalón de nankín.....—Rompi yo á llorar sin poderme contener, y Solís me tendió los brazos ahogando mis sollozos contra su pecho para que no los oyera Cagigas, en cuya alcoba entró el médico á cumplir su triste deber..... Salí yo de ella como un somnábulo, y entré, como el ángel de la esperanza, el P. Solís, que estuvo á solas veinte minutos con el desahuciado enfermo.»



Este P. Solís á quien Zorrilla menciona, se llamaba Don Manuel de Solís y Pareja. Muy joven marchó á Roma é ingresó en la Compañía de Jesús, renunciando antes un gran caudal amayorazgado, y con él las riquezas y la distinguida posición social que el mundo le ofrecía. Aun cuando Solís me aventajaba mucho en años, el ser conterráneos y parientes, y el deleite que encontraba en la conversación de aquel sacerdote tan instruido, fino y virtuoso, hizo que nos profesásemos buena y recíproca amistad. Cuando yo comenzaba á leer y á saborear los versos de Zorrilla y le hablaba de ellos á Solís, me refería éste su amistad con el poeta, nacida en el Seminario de Nobles; las saladísimas composiciones que escribió siendo muchacho; las epístolas poéticas que le había

dirigido, y sobre todo el epitalamio á unos gatos que con sus maullidos no los dejaron dormir en cierta noche de Enero.

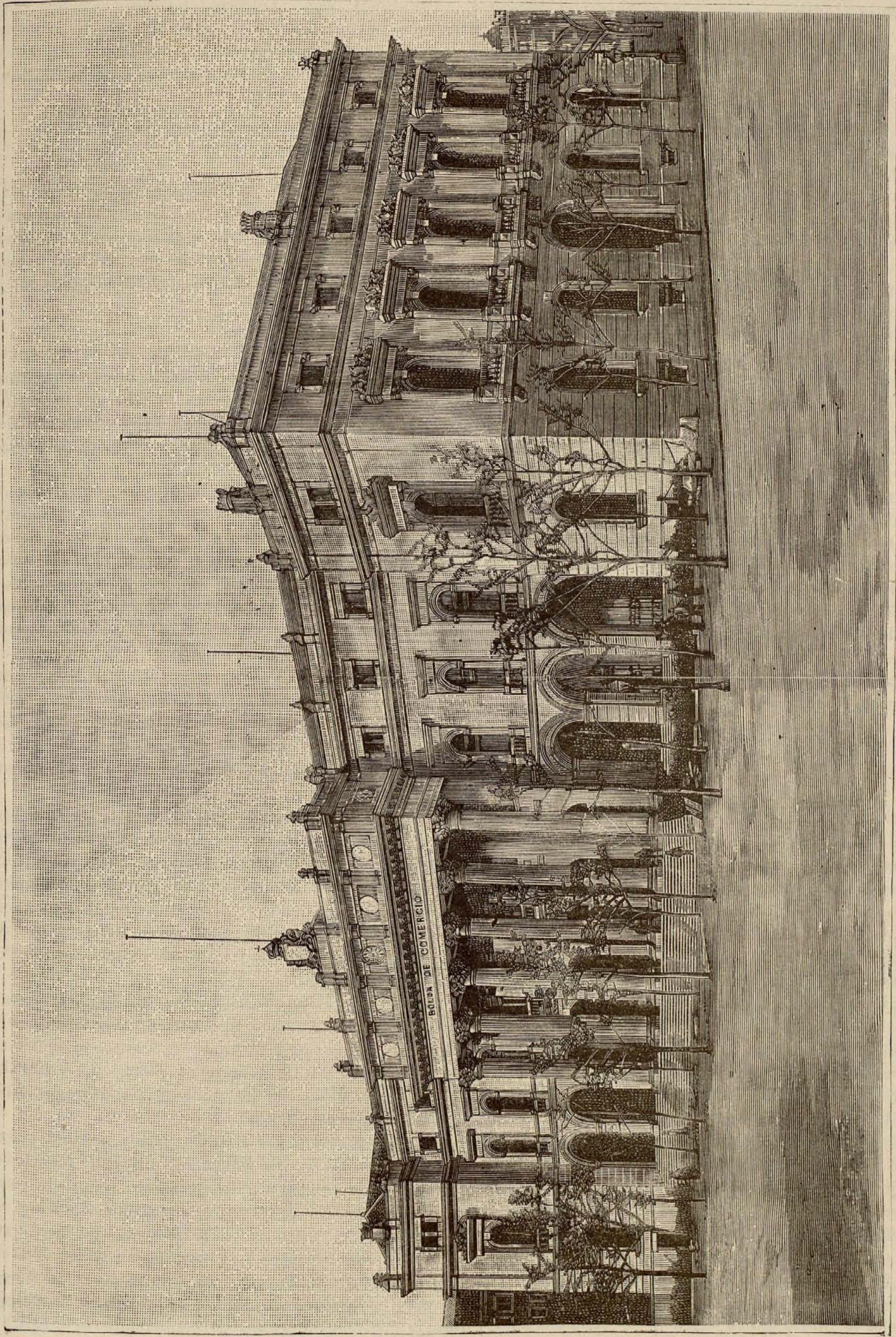
Embobado oía yo todas estas y otras menudencias que me relataba, llenándome de pena que antes de su profesión hubiese quemado el jesuita aquellos papeles mundanos. «¡Qué lástima!—exclamaba—te los hubiera regalado con mucho gusto; pues aun cuando algo libres, como Pepe Zorrilla es tan bueno, nada tenían de irreligiosos ni de inmorales: mi condiscípulo, siguiendo el consejo de Cervantes, no dejaba correr su musa en torpes sátiras ni en desalmados sonetos.»



Consigno estos antecedentes porque, andando el tiempo, debí mi amistad con Zorrilla á la mediación del P. Solís, al cual, según hemos visto, no había echado en olvido la prodigiosa memoria del gran poeta. Y como las relaciones del vate y del religioso eran sólidas y buenas, resultó, por dicha mía, que también lo fuesen las que tuve con el célebre trovador de España.

Pocas veces nos vimos, á causa de la vida errante que ambos hacíamos; pero como en esas pocas veces nuestras visitas y conferencias duraban siete ú ocho horas seguidas, fué íntimo y fraternal el afecto que nos profesábamos. Por esta razón, en la pena causada por su muerte, tengo que contar, no sólo la del hombre célebre, sino también la del inolvidable y cariñoso amigo. Algún alivio produce el recuerdo del duelo nacional é íntimo con que se conmovió España entera al fallecimiento de Zorrilla. La historia nos refiere el que motivó en su tiempo el de Lope de Vega, y nosotros presenciábamos el ocasionado en 1878 cuando acabó sus días la joven reina, casi niña, D.^a Mercedes de Orleans y Borbón.—Creo, sin embargo, que la muerte del poeta contemporáneo ha excedido en muestras públicas de sentimiento á los lutos que antes dejo señalados.

Pasan de setecientos los periódicos españoles y americanos



MADRID.—EXTERIOR DEL NUEVO EDIFICIO DE LA BOLSA.